





LOS CANÍBALES

JERÓNIMO FDEZ. DUARTE

Platero
COOLBOOKS 

Título: Los caníbales

Primera edición: septiembre, 2024

© 2024, del texto Jerónimo Fernández Duarte.

© 2024, de la edición, maquetación y diseño Platero CoolBooks.

© Platero Editorial S.L.

Glorieta Fernando Quiñones s/n .

Edif. Centris, planta 2, módulo 10. 41940 Tomares (Sevilla)

info@plateroeditorial.es

www.plateroeditorial.es

Diseño de portada: Platero CoolBooks.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa de los titulares del copyright.

Printed in Spain-Impreso en España

ISBN: 978-84-10062-70-2

A Berta Delgado, maestra Jedi.



En toda broma hay algo de broma.
—Proverbio ruso



PRÓLOGO

Tengo muchos libros en mi biblioteca, pero ninguno me importa tanto como los de alumnos que aún son alumnos y de los que procuro aprender cada día un poco más. Suelo comentar que, así como la literatura es inabarcable, no lo es el proceso creativo, que necesita tanto del crítico interior, ese ser abominable que nos devora queramos o no, como de otros ojos y otros ámbitos. Ese fue el momento en el que Jero Fernández se volvió hacia la crítica literaria para poder hacer autocrítica y responder eternas preguntas acerca de la idoneidad de las palabras escogidas, el desarrollo adecuado de las tramas o mejorar la introspección de los personajes, entre otros asuntos y, en secreto, se preguntó: ¿Cómo me tratarán las críticas? ¿Mis hipotéticos lectores se aburrirán tanto como yo al revisar y corregir mi parto una y otra vez? La importancia de la lectura en la escritura es una obviedad y, sin embargo, leer de manera crítica es muy complejo, tanto más si se trata de nuestra propia obra: al tener que aplicar la técnica a esos bosquejos sobre la mesa todo se complica. Pues bien, estas poco innovadoras preguntas llevaron a Jero Fernández a uno de mis cursos de crítica literaria y me mostró un borrador que fue el germen de su novela breve *Últimos días en otra*

ciudad y podríamos decir que fue también el culpable de que ese crítico interior se quedara al margen y entrara en juego el Jero Fernández escritor, que acepta nuevas ideas, juega con técnicas y experimenta con diferentes alternativas a su idea primigenia. El resultado de esas idas y venidas, trabajadas a fuego lento, es lo que tienes en tus manos, oh, lector. Te presento una obra nacida de los entresijos de un taller de escritura, mal llamada creativa, como si la palabra escribir necesitara de aderezos, pero sí, se requiere imaginación o una musa, incluso perdida, para tejer o destejer, para urdir o destruir las ideas que uno lleva dentro o que le salen a borbotones. Decía que en un taller de escritura uno aprende a escribir, o al menos quiero pensar que es así, y también a perder el miedo a ser leído, mal interpretado o mal entendido, a pulir y ser el humilde amanuense de un texto, que es muy posible que odie tras su publicación, pues nunca son suficientes las revisiones, pero que genera una felicidad intensa, proporcionada por la total ausencia de miedo.

Los caníbales es un libro de relatos que muestra el talento de su autor, que posee una habilidad innata para crear y recrear ambientes y atmósferas, que nos trasladan a otras vidas. Estos relatos llenos de aventura, humor e intriga nos convierten, a su vez, en protagonistas de su mundo personal y ese ansia de expresión, como ya ha demostrado en sus otros libros de poesía y la novela antes mencionada. *Los caníbales* comparte con su anterior obra personajes en el limes de la vida, gente hambrienta con la que no querías ir de copas, y una ironía muy propia de un médico que lidia cada día con personas, que poco a poco se convierten en personajes literarios. Gran conocedor

de las biografías de otros escritores pareciera querernos decir con estos relatos que hay literatura detrás de cada persona, que sólo hace falta escarbar un poco para encontrarla en los personajes de pequeñas gemas como «Dr. Livingstone, supongo», con un aire a Joseph Conrad, el homenaje a Chandler, «Chandleriana», «Los mares del sur» o «El lector de Chéjov», por nombrar algunos de los cuentos que muestran referencias literarias y espaciales que alimentan esa creación de atmósferas de las que hablábamos y que te permitirán viajar bien acompañado, como sólo los escritores que deciden serlo lo saben hacer.

*Berta Delgado,
Profesora, Narradora y Correctora de Estilo*



ÍNDICE

Prólogo.....	9
Dr. Livingstone, supongo	15
Transferencia.....	29
Área de servicio	41
Los caníbales	47
Sábado por la tarde en el centro comercial	59
Pajaritos	67
Érase una vez en Lisboa.....	71
El señor Onofre.....	79
Chandleriana.....	83
Un domingo con mi padre	107
Ladrona.....	113
La diosa negra	119
El lector de Chéjov	129
Los cuervos de Turckheim	135
Atención continuada.....	141
Film noir	149
Los Mares del Sur	159



DR. LIVINGSTONE, SUPONGO

El hombre alto, con el pelo y la barba blancos y los ojos claros, se detuvo un momento, se apoyó en la pala y echó un vistazo al mango que crecía en una esquina del huerto, y que tenía cuatro marcas horizontales en su corteza. Arrugó el ceño, se secó el sudor de la frente, lanzó una paletada de abono donde crecían las calabazas, dejó caer la pala y se limpió las manos en la trasera del pantalón.

Desde por la mañana temprano los tambores anunciaban «El Buscador va a llegar, el Buscador va a llegar». Remontaban el curso del río, venían por encima de las copas de los árboles, hacían que los pájaros ribereños echasen a volar. Al batir de los tambores se unió el ronquido del motor de un barco, el golpeteo de sus pistones. Cerró los ojos y vio con toda claridad el casco que había sido blanco, ahora con la pintura sucia y resquebrajada, la cubierta llena de personas y animales que habían pasado la noche al raso, amontonados. Hombres de mirada fiera, enjutos, con la camisa colorida abierta sobre una camiseta blanca, tal vez con un gallo cogido por las patas en una mano y un cigarrillo en la otra. Mujeres gordas, con el rostro orgulloso como el de una reina, envueltas en vestidos y pañuelos de colores brillantes, sentadas junto a cestos

llenos de fruta que esperaban vender en cuanto bajasen del barco, y vio también una cabra sujeta con una cuerda por una niña con la cabeza llena de trencitas y abalorios de colores. Entre todos esos rostros y cuerpos negros y bellos estaría el suyo, el del Buscador. Lo más probable es que fuese americano o francés. Blanco. Tendría el pelo largo, tal vez rubio, sucio después de tres días de viaje río arriba, la barba pelirroja, enmarañada, y la piel quemada por el sol. Iría vestido como un explorador, con camiseta y pantalones cortos, tal vez un chaleco de cazador, botas y una mochila. Lo imaginó aceptar con una sonrisa el plátano que le ofrecía una niña vestida de blanco y después comérselo. Era probable que le diese a la niña a cambio un bolígrafo de esos que tienen minas de diferentes colores. Tal vez llevase veinte de esos en la mochila, junto con caramelos, pasadores de pelo y canicas. A su pesar, tuvo la intuición de que no era un mal tipo; quizá sí un idiota, pero no un mal tipo.

El Buscador vería aparecer el puerto a lo largo de la orilla, una serie de muelles de piedra y madera, con tinglados y almacenes de chapa y de plástico, y más allá de este la pequeña y caótica ciudad, trazada de cualquier manera entra la selva y el agua, y cuyas casas, cabañas y chabolas se alineaban en calles sin asfaltar. El muelle principal estaría lleno de gente vestida como en un día de fiesta, que hablaría a gritos, saludándose por encima de la borda sin esperar a que el barco atracase. Al bajar al muelle, alguien le ofrecería un pollo, una bolsa de fruta, una habitación, o le recomendaría ir al Bugeville Bar, el mejor edificio de la ciudad, donde podía beberse Marie Brizard y conseguirse una mujer. Tal vez fuese hasta allí para

preguntar su dirección, o quizá la preguntase ya en el muelle, después de regalar otro bolígrafo de colores o de dar un billete de diez francos. Era cuestión de tiempo tenerlo al otro lado de la cerca. Mientras imaginaba todo esto seguía de pie en el huerto y se secaba el sudor de la frente con un pañuelo. No podía ver el río desde allí, pero sí olerlo. Olía a limo, a liana en descomposición, a animal ahogado. A veces, el olor era tenue, a veces, era más espeso y, a veces, el olor a queroseno se abría paso a través de él cuando se acercaba un barco o una canoa a motor. Estaba tan concentrado en sus pensamientos que había dejado de ver el mango, la pala y el estiércol. Una voz lo devolvió a la realidad.

—Dr. Livingstone, supongo.

Ahí estaba, tal y como lo había imaginado, salvo algunos detalles. No llevaba el chaleco de cazador. Tenía unas gafas de sol puestas como una diadema y no menos de cinco pulseras de cuentas en la muñeca derecha; sonreía y tenía la expresión inocente de un niño.

—¿Perdón?

—Es usted Luciene Lamballe, el escritor.

—No conozco a ningún Luciene Lamballe.

La risa del joven le llegó clara y limpia por encima de la cerca.

—Soy Matthieu Chasseur, corresponsal de *Le Figaro*, aunque también soy *freelance*. Hace tres años que escribo un libro sobre usted. Hace dos que le busco.

—De acuerdo. Soy Lamballe.

Chasseur rio de pura felicidad, dio palmas, se apoyó en la cerca.

—Dios mío. Dios mío. Esto es como ganar el Tour.

—¿Cómo me ha encontrado?

—Pura suerte. Una corazonada. Como he dicho, llevo dos años buscándole. Se dicen muchas cosas sobre dónde está usted. Dicen que tiene un puesto para alquilar patines en algún lugar del Verdon, que está enrolado en un petrolero bajo bandera de Singapur, que está en un monasterio del Nepal, que vive, con otra cara, en una favela de Brasil.

—Nada de todo eso explica que usted haya venido aquí. ¿No es verdad?

—No, no, cierto. He seguido la teoría de Laramie.

—¿Laramie?

—Frank Laramie, un americano. Reportero de guerra. Él cree que tiene que estar en algún lugar del África Occidental. De hecho, recordaba que usted y él estuvieron alojados en el mismo hotel de Saigón cuando usted estaba escribiendo su novela sobre Indochina y la descolonización y que solían hablar mucho mientras tomaban copas en el bar del hotel. Laramie había cubierto muchos conflictos aquí y, al parecer, ya por entonces usted hablaba mucho del deseo de desaparecer, así que él le dijo que, si uno quería desaparecer, este era el mejor lugar para hacerlo.

—No lo recuerdo.

Chasseur se encogió de hombros.

—Hace más de veinte años de eso. Tal vez lo ha olvidado.

—Creo que así es.

—No soy el primero en pensar que Laramie tenía razón. Un ruso, Vladimir Ulianov, ya probó suerte aquí. Desapareció. Hará de eso unos ocho años, tal vez más. Nunca se ha sabido qué le pasó.

—Tal vez le pasó como a mí y decidió quedarse selva adentro y no volver a ese mundo de locos de ahí fuera.

Chasseur volvió a reír con su risa franca y alegre.

—Hace mucho calor. ¿De verdad no me va a invitar a entrar en esa casa tan bonita que tiene?

Lamballe miró por encima del hombro hacia la casa, una estructura cuadrada de madera descolorida, con techo a dos aguas y una puerta flanqueada por dos ventanas en su fachada. La puerta y las ventanas estaban abiertas.

—Creo que incluso puedo invitarlo a comer. Pase aquí dentro, la puerta de la cerca está abierta.

Chasseur fue hasta la puerta de la cerca, la abrió y entró en el huerto. Lamballe había ido a encontrarle y le tendía la mano. Chasseur se la estrechó, con firmeza. Caminaron juntos hasta la puerta de la casa y, al llegar, Lamballe se hizo a un lado e invitó a Chasseur a entrar. La casa parecía consistir en una única pieza, con la cocina en la pared de la izquierda, una gran mesa de madera en el centro, una cómoda colonial arrimada a la pared de la derecha y dos viejos sillones de cuero enfrentados en un rincón. Chasseur mostró interés por las máscaras de piel que colgaban de las paredes y por las figuras de bronce y madera que estaban sobre la cómoda.

—Qué bonitas —dijo.

—Algunas son yoruba, otras son fon. Siéntese allí, por favor. Pondré la comida en el fuego, no tardará. ¿Le apetece una cerveza?

—Por favor.

Chasseur fue a sentarse en uno de los sillones y dejó la mochila en el suelo junto a él. Lamballe se acercó con dos botellas de La Béninoise. Antes de que Lamballe se sentase frente a él, y a la vez que le cogía la botella que le alargaba, Chasseur preguntó

—¿Cómo llegó hasta aquí?

—Por el río. Igual que usted.

Chasseur sonrió.

—No, me refiero a qué le hizo venir, qué camino siguió.

Lamballe echó un trago de cerveza y contestó.

—Bueno, primero tuve un puesto de alquiler de patines en algún lugar del Verdon, después me enrolé en un petrolero bajo bandera de Singapur, ya sabe.

La risa franca y confiada de Chasseur volvió a sonar.

—Sabe a lo que me refiero. El escritor más famoso de Francia y uno de los más famosos del mundo, el escritor que antes de los cuarenta años ha ganado el Goncourt, el Renaudot y el Gran Premio de la Academia Francesa, el escritor del que se dice que es tan grande como Proust o Céline, de repente desaparece de su maravilloso piso de París. Nadie lo ha vuelto a ver en su *château* cerca de Avignon. Su Masserati Ghibli de 1970 se llena de polvo en un garaje cerca del Quai d'Orsay.

—Ya es suficiente, por favor.

—Necesito entenderlo ¿Es una especie de homenaje a Rimbaud?

—No sea ridículo. Rimbaud no desapareció. Todo el mundo sabía que era un traficante de armas en Etiopía.

—De acuerdo, es verdad, pero sigo pensando: esto... ¿no es exagerar? ¿No le bastaba con dejar de escribir?

—¿Dejar de escribir? ¿Lo dice de verdad? ¿Dejar de escribir y ya está? No, amigo mío, sabe que eso no es así: por eso está aquí. Piensa que hay una buena

historia en esto, y pensaría lo mismo si en vez de estar junto a este río estuviera junto al Verdon, alquilando patines. Usted vendría con su preciosa y morena novia hasta el Lago Sainte-Croix, aparcaría pasado el puente y bajaría hasta mi tranquilo puesto de alquiler de patines y, con esa sonrisa encantadora que tiene, me preguntaría «Dígame, viejo, ¿por qué desapareció?». Sabe que es así. Al venir aquí, solo se lo he puesto más difícil.

—Le concedo que así es —respondió Chasseur, a la vez que levantaba la botella de cerveza como un brindis o un saludo—. Pero ya que he venido, ya que he llegado hasta usted. ¿Me va a responder? Creo que me lo he ganado.

—Voy a responderle, pero dudo que usted entienda nada de lo que le voy a decir. Y lo que es peor: que no entienda que lo que voy a decirle no puede repetírselo a nadie más.

—Me pide que renuncie al libro que quiero escribir. El libro que llevo tres años escribiendo. El libro por el que he venido hasta aquí.

—Correcto.

—Como escritor ya sabe que eso es algo que no se le puede pedir a un escritor.

—Ya no soy un escritor. Cuanto antes lo entienda, mejor.

—De acuerdo. Ya veremos. Cuénteme la historia y ya veremos.

Un agradable olor a comida vino desde los fogones. Lamballe se puso en pie.

—Creo que la comida ya está lista. Si me disculpa, voy a servirla ¿Puede echarme una mano poniendo la mesa? Tiene todo lo necesario en la cómoda.

Chasseur puso el mantel, las servilletas, los vasos y los cubiertos. Lamballe le indicó que la jarra de agua estaba sobre la encimera y Chasseur fue hasta allí. Se quedó mirando cómo Lamballe servía la comida, que parecía ser una mezcla de arroz y alubias con salsa de tomate.

—No sé si fiarme de usted —dijo—. Puede querer envenenarme. Tres días río abajo me dijeron que vivía por aquí un hechicero blanco. Seguro que sabe de venenos.

—¿Esas fueron las palabras que emplearon?

—Así me lo dijo un portugués.

—De acuerdo. Para que no sea bobo y se deje sin probar mi *atassi*, lo probaré yo delante de usted.

Lamballe comió una cucharada de cada plato. Chasseur volvió a reír. Fue a sentarse a la mesa y Lamballe le puso el plato delante.

—*Bon appétit.*

—Está delicioso. Me decía antes que vino aquí por el río. Y entonces...

—Llegué enfermo, con paludismo: fiebre muy alta, sudores y temblores. La verdad, malísimo. Me trajeron aquí, a casa del hechicero, como usted le ha llamado. El me curó, lo crea o no. No he vuelto a tener una recaída desde entonces. Después me convertí en su ayudante y, cuando murió, heredé su puesto. Al fin y al cabo, es lo habitual. Aprendí todo de él. Antes hemos estado sentados en mi consulta —señaló hacia los dos sillones.

—¿Tiene muchos clientes?

—Por supuesto. ¿Por qué no habría de tenerlos? Hace años que me conocen y ya ejercía el oficio cuando mi maestro estaba enfermo o ausente. Mi

competencia son los Padres Blancos, que tienen una misión en la otra orilla del río, y los de Médicos sin Fronteras, que tienen un hospital de campaña dos días río abajo.

—¿No se han quejado?

—¿Y de qué serviría? Nadie iba a hacerles ningún caso. Verá, los africanos creen que no tenemos ni idea del origen de las enfermedades. Nunca se lo dirán, claro, por educación. Saben que nuestros tratamientos funcionan y por eso los toman, pero sospechan que los resultados no tienen nada que ver con nuestros conocimientos. Nadie menos interesado que ellos por las pruebas diagnósticas, porque creen que abordan aspectos secundarios del problema y no el problema mismo. Resumiendo un poco, para ellos dos personas no pueden tener exactamente la misma enfermedad y, por supuesto, un mismo tratamiento no puede funcionar igual para dos personas distintas. La clave, que la medicina occidental ha descuidado, es escuchar al paciente y prescribirle un tratamiento exclusivo para él. ¿Le apetece más *atassi*?

—No, gracias.

—Estupendo, porque pensaba freír bananas como segundo plato y, además, tengo un postre y no voy a dejar que se estropee. Descuide, probaré todos los platos.

Chasseur río de buena gana.

—De acuerdo. Tráigame otra cerveza, por favor.

Lamballe frío las bananas, las sirvió y después fue a buscar dos botellas de La Béninoise, que dejó sobre la mesa, abiertas.

—Me cuesta entender —retomó Chasseur— que pasados todos estos años usted siga aquí y no sienta

ninguna necesidad de escribir. Usted, que fue muy precoz y que, en apenas cinco años, en sus inicios, entregó tres novelas monumentales que cayeron como una bomba en nuestras letras.

—Es justo de eso de lo que quise escapar. De esa soberbia y ese engreimiento. Ninguno de mis libros significa nada para mí. Ni usted ni nadie se ha fijado en que mis últimos libros están escritos mal a propósito, son una sarta de disparates hecha con la mayor deliberación. ¿Cree que algún crítico osó señalar eso? Al contrario. Se alabó la frescura, la provocación, el inconformismo. Como comprenderá, me era imprescindible huir de toda esa estupidez.

—Pero escribir, crear personajes, vidas, mundos a partir de una herramienta que compartimos todos, es algo extraordinario, sobre todo cuando se tiene un talento como el suyo. Ojalá lo tuviese yo.

—Oh, a usted lo que le gusta no es escribir; lo que le gusta es que su nombre aparezca en la portada del libro, que todos le admiren.

—Me parece que eso es un poco injusto, aunque es evidente que me gustaría.

—El libro que quiere escribir sobre mí, por ejemplo, ¿lo escribiría con pseudónimo? Mejor aún, ¿sería capaz de publicarlo como un texto anónimo?

Chasseur rio

—*Touché.*

—Ah, es una lástima, la verdad ¿Quiere más banana frita? ¿No? Pues entonces haré café y serviré el postre, *yovodoko*.

Lamballe se levantó, fue a la cocina, preparó la cafetera y la puso al fuego. Volvió a la mesa con una fuente buñuelos.